

PRECIOS

MADRID

Tres meses..	9 rs.
Seis id.	16 »
Un año.	30 »

PROVINCIAS

Tres meses..	10 rs.
Seis id.	18 »
Un año.	34 »

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

DIRECCION,

Plaza de Matute, núm. 2.

HEMEROTECA MUNICIPAL

MADRID

PRECIOS

EXTRANJERO

Tres meses..	22 rs.
Seis id.	38 »
Un año.	74 »

Francia.—Pueden hacerse las suscripciones enviando á esta Administracion el importe en sellos franceses del correo. Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de O'Reilly, núm. 54.

AMÉRICA

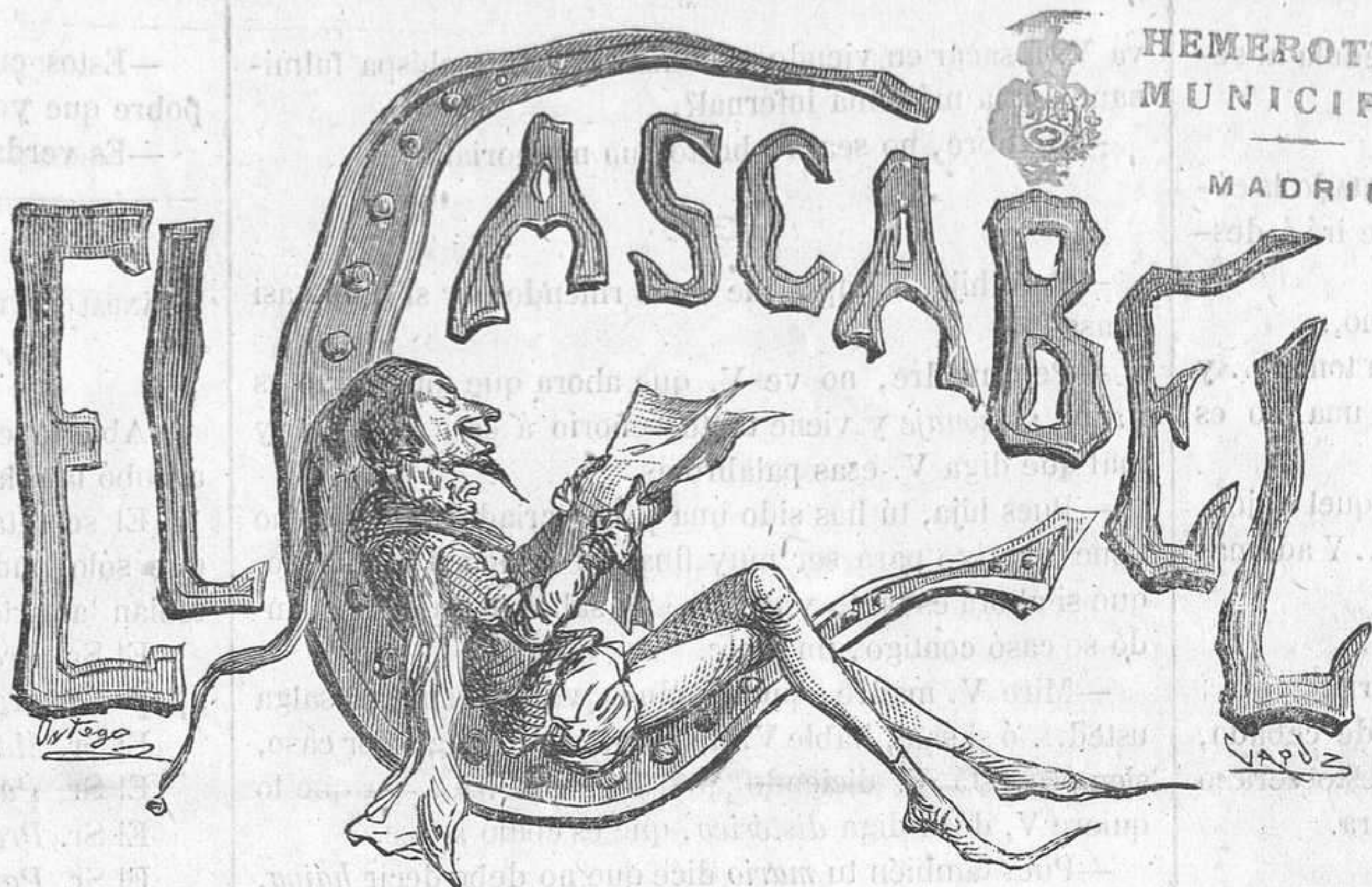
Seis meses..	38 rs.
Un año.	70 »

FILIPINAS

Seis meses..	60 rs.
Un año.	100 »

ADMINISTRACION,

Plaza de Matute, núm. 2.



COSAS DEL DIA.

—¿Estuvo V. en la sesion permanente, D. Judas?

—Sí señor; ya sabe V. que yo hace treinta años que no faltó á ninguna sesion de Cortes. Como no tengo nada que hacer, he tenido la curiosidad y el entretenimiento de oír todo lo que han dicho todos los diputados que han hablado en las Cortes de treinta años á esta parte.

—¿Caramba, lo que habrá V. oído!

—Horrores, hombre, horrores; yo he oído ya todo lo que hay que oír en el mundo; pero mire V., tantas tontearias como en los dos meses que llevan abiertas estas Cortes no las habia oído nunca.

—Tambien lo creo. ¿Pues apenas habrá V. visto transformaciones!

—De eso no hablemos; mire V., á la mayor parte de los habladores, digo de los oradores, se les podia contestar á sus discursos con los discursos que ellos mismos han pronunciado en otras épocas. Ya ve V. si tendrán fijeza de opiniones.

—¿Y estuvo V. sin comer tanto tiempo como duró la sesion permanente?

—No señor; ya me llevé á prevencion un chorizo, un

cuarteron de queso y un panecillo, y un portero me dió unas pasas que se le habian caido del bolsillo á un diputado que venia del buffet.

—Y vamos á ver, ¿qué hicieron en la sesion permanente los señores diputados?

—Mire V., ellos no hicieron cosa de provecho. Hablaron mucho, apelaron á todos los medios de prolongar la cosa, y crea V. que parecian chiquillos mal criados. A quien no esté acostumbrado á ver sesiones de Cortes, le haria un efecto deplorable la permanente; á mí no, porque en treinta años que llevo de observacion del régimen parlamentario, me he curado ya de espanto, y me sé de memoria la comedia que nos representan.

—¿Y quién tenía razon? ¿La mayoría ó la minoría?

—Mire V.; la provocacion y la intemperancia estaban de parte de la mayoría; pero crea V. que si en la mayoría hay gente maleante, tambien hay en la minoría unos peces que me rio yo!... Desengañese V.; el triste estado de España consiste en que sus hombres políticos son todos... peores.



—¿Hola! Manuela, ¿sigues en la misma casa?

—Sí, mujer, en la misma, ¿qué ha de hacer una?

—¿En casa del dentista que su mujer es comadrona?...

—Sí, hija, comadrona y culebrona... Allí sigo... ¿Y tú cómo vienes á la compra?... Yo creí que estabas de doncella...

—Y lo estoy siempre; pero la cocinera se fué ayer.

—¿Aquella picada de viruelas?...

—Sí, chica, y me alegro de que se fuera, porque le olia el aliento de un modo... Con que dime, ¿has sacado la cédula?

—Toma, ya lo creo; de *grátis*.

—¿Pues qué! ¿No ganas más que cuarenta reales en esa casa?...

—No, hija, que gano cuatro duros; pero el amo ha dicho que no me dá mas que cuarenta para que me den la *cédula de grátis* como te digo.

—Pues mira, yo la tengo, pero de pago, porque á la señora se lo dije; yo no pongo mi cara en vergüenza para ir diciendo que sólo gano cuarenta reales... y pagar la cédula, tampoco... Con que á la señora le dije:—Mire usted, señora, la cédula á costa de Vds., porque yo no soy una cualquiera para no tener mi cédula como la primera, y yo no oculto que gano cinco duros, y en saliendo de casa de V. ganaré mucho más.—La señora no queria tomar cédula para mí, sino que yo la pagara; pero el señor salió el otro dia, y cogió y fué y vino y me trajo la cédula.

— 100 —

Y al pronunciar estas palabras llenó Marcelo dos tazas con crema de vainilla y colocó una delante de su convidado.

—Sí, me gusta mucho el licor, dijo Chaudoreille; y éste sobre todo tiene un perfume exquisito; pero podíamos beber y jugar al mismo tiempo...

—Pero no te he dicho que no tengo cartas...

—Tendrás dados.

—Tampoco.

—¿Y juego de damas ó de dominó?

—No, no tengo ningun juego.

—¿Y cómo vamos á pasar el tiempo sin jugar?... ¡Ah!... ¿qué magnifica idea! acabo de encontrar un juego muy agradable, y que comprenderás en seguida. Tú tienes delante una taza llena de licor y yo tengo otra... las dos son del mismo tamaño... pues bien, te juego un escudo á la primera mosca...

—¿Cómo á la primera mosca?

—Sí, escúchame; en esta habitacion no faltan moscas, y aquel en cuya taza venga á posarse una, ganará un escudo al otro... ¿Qué te parece?

—No me parece mal.

—En ese caso vengan esos cinco, y queda el trato hecho. Atencion... Ya empieza.

Chaudoreille no se movió; sus ojos se fijaban alternativamente sobre su taza y la de su adversario, esperando con impaciencia que una mosca viniera á gustar el azucarado liquido. Ninguno de los dos hacia ningun movimiento por temor de que se espantaran los alados insectos. Hacia ya cinco minutos que se hallaban inmóviles, cuando Marcelo dejó escapar un estornudo.

—¿El diablo te lleve! dijo Chaudoreille; has hecho huir una magnifica mosca que se aproximaba á mi taza... ¡Ya iba á posarse en ella!

—¿Y yo qué culpa tengo si me dá gana de estornudar?

—Sí, pero en conciencia debias perder la partida.

—¿Sin duda estás de broma!

—Pase por este estornudo; pero si vuelves á estornudar será diferente.

Se restableció de nuevo el silencio. De tiempo en tiempo miraba Chaudoreille como implorando á las moscas que vinieran á probar del licor. Despues de algunos minutos de espera, una mosca vino á posarse en una de las tazas, pero fué en la de Marcelo en la que se colocó.

—¿He ganado! exclamó éste.

—¿Un instante! dijo Chaudoreille. Deja que me asegure...

— 97 —

—En efecto, veo que el señor marques ha olvidado á la persona que le habia enamorado hace dos dias; y creo que si se acordara un poco más de ella, no estaria tan indiferente.

—¿Qué! ¿te ha parecido bien?... ¿y es hermosa?... ¿crees tú que podrá fijarme algun tiempo?

—Ignoro si podrá tener esa fortuna; pero lo que si sé, es que muchas de las mujeres que tienen fama de hermosas no valen tanto como nuestra jóven italiana.

—¿Es italiana?

—Sí, señor.

—Tanto mejor... Eso es indiferente.

—Se llama Julia; su rostro no se puede decir que es hermoso, pero tiene un no sé qué, que seduce, y su voz y sus maneras anuncian cierto carácter particular... cierta originalidad... En fin, no es una de esas bellezas sin animacion que hemos solido encontrar muchas veces.

—¿Sabes que estás picando vivamente mi curiosidad?... Francamente, ya estoy más contento con la aventura, vamos, mañana iremos á verla.

—¿Mañana!... ¿Dejareis quizás que esa jóven os esté esperando con impaciencia toda la noche?

—¿Preciso es que así suceda! pues he prometido á mis amigos irlos á buscar y terminar la noche con ellos, y entre hombres de honor no puede uno faltar á su palabra!... La hermosa Julia tendrá que tener paciencia...

—Es que he dejado uno de mis hombres con Marcelo, por si teniais alguna orden que darme, que viniera á comunicármela en seguida.

—Pues que espere tambien; se le darán algunos escudos más y se quedará tan contento... Pero ahora recuerdo que tengo que pagarte... Toma, ahí tienes todo el dinero que gané esta mañana... Pero el tiempo pasa y mis amigos me esperan. Vamos á pasar una noche magnifica... Estamos de buen humor y nos divertiremos mucho... Asustaremos á los buenos habitantes de París, haremos correr á las rondas, detendremos algunas sillas de mano, y hasta puede ser que vayamos á quitar algunas capas al Puente Nuevo.

Y el marques se alejó de la casa del barbero, mientras éste cerraba la puerta murmurando:

—¿Ahora que haga lo que quiera!... A mí me ha pagado, y lo demas no me importa nada absolutamente.

Mientras que tenía lugar esta entrevista, en la calle de Bourdonnais, la jó-

la... Y ya ves tú si le iré yo á pagar la cédula al señor...

—Es claro.

—La señora cree que el señor me ha descontado la cédula del salario; pero ya ves tú si el señor me irá á descontar á mí la cédula...

—Si es una persona regular, es claro que no...

—Es que las señoras, por lo regular, son tontas... y creen que una porque es una criada, una no es una...

—Adios, que voy á comprar la carne á aquel cajon, ántes que se le acaben las costillas al hombre... Y ademas me está esperando allí aquel...

—¿Es soldado?

—¡Cá! chica, sargento graduado de caballeria.

—Pues yo voy á tomar un vaso de agua de cebada, porque necesito mucho refresco... Hasta que este verano nos lleve el señor á los baños á mí y á la señora.



—¿Qué hace V. en esta esquina?

—Estoy esperando al ministro. ¿Es V. de la policia?

—Sí señor.

—Pues ya le digo á V., le estoy esperando.

—¿Para qué?

—Para acometerle.

—¡Hombre!

—Sé que está en esa casa de enfrente, donde vive su abuelo; como está tan cerca de la suya esa casa, ha venido á pié...

—Pero, ¿qué va V. hacer?

—En cuanto le vea le acometo. En seguida le saco el...

—¿El qué... ¿el estoque?...

—¡Cá! no señor.

—¿El revolver?...

—Tampoco.

—¿El puñal?...

—¡Bah!

—Pero hombre, V. es atroz, es V. una fiera...

—Sí señor, eso estoy hecho.

—Pues venga V. conmigo.

—¿A dónde?...

—Al gobierno civil...

—¿Por qué?...

—Porque tiene V. malas intenciones. ¿Qué es lo que

va V. á sacar en viendo al ministro?... Una chispa fulminante, una máquina infernal?...

—Hombre, no sea V. bruto, un memorial.



—Pero hija, siempre me estás riñendo por si hablo así ó asado.

—Pero madre, no ve V. que ahora que mi marido es ya un *presonaje* y viene tanto señorío á casa, está muy mal que diga V. esas palabrotas.

—Pues hija, tú has sido una *probe* criada como yo, no tienes motivo para ser muy fina, ni tampoco tu marido, que si ahora es tanto y cuanto, ya sabes lo que era cuando se casó contigo, un *probe*.

—Mire V. madre, pues cuando venga gente no salga usted... ó si sale, hable V. de otro modo. Pongo por caso, siempre está V. diciendo que tiene *estérico*... ya que lo quiere V. decir diga *distérico*, que es como se *ice*.

—Pues tambien tu *mario* dice que no debo decir *haiga*, y esto lo dices tú tambien.

—Eso sí, *haiga* se dice... No crea V., que tampoco sabe mucho de letras mi marido. El otro dia en la *juncion* que hubo en los *Campos deliseos* dijo V. más barbaridades... En fin, que no la podemos llevar á V. á *nenguna* parte, porque á lo mejor nos pone V. en un *compromisio*. Y usted ya no se corrige, como yo me he *corregio*, que hablo ya tambien como un *diputao*, pongo por caso, y lo que es á finura nadie me echa la pata.

—Pues chica, yo, en yéndome al pueblo...

—Eso es, ya sale V. con la *preposicion* de siempre. Ponga V. *cuidiado* para hablar bien, ó cálese V. la boca, en diciendo que hay *vesitas*.



—Caballero, una limosnita por amor de Dios.

—Dios le ampare, hermano.

—Que no he comido hoy, y tengo seis de familia.

—Dios le socorra, hermanito.

—Por amor de Dios, aunque no sea más que un ocha-vito.

—Perdone V. por Dios, pero soy maestro de escuela de un pueblo.

—¡Ah! entónces V. dispense, y hágame V. el favor de tomar...

—¿Qué?...

—Estos cuatro cuartos para un panecillo. V. es más pobre que yo, que pido limosna.

—Es verdad, Dios se lo pague á V.

TIBERIO NACIONAL.

ESCÁNDALO PÚBLICO DEL DIA 30 DE FEBRERO DE CUALQUIER AÑO.
Presidencia de Perico el de los Palotes.

Abierto el escándalo á las dos y media se leyó y aprobó la relacion del anterior.

El secretario leyó una proposicion en que se pedia que sólo pudieran alborotar el cotarro los señores que tenían la sartén por el mango.

El Sr. *Presidente*: El Sr. Manolo tiene la palabra para apoyar su proposicion.

El Sr. *Manolo*: Señores...

El Sr. *Parras*: Pido la palabra.

El Sr. *Presidente*: ¿Para qué?

El Sr. *Parras*: Para hablar.

El Sr. *Presidente*: Y ¿qué va á decir V. S.?

El Sr. *Parras*: Que lo que propone el Sr. Manolo es una atrocidad.

El Sr. *Presidente*: No hay palabra. Continúe V. S., señor Manolo.

Una voz: Sino ha empezado aún.

El Sr. *Presidente*: Pues que empiece.

El Sr. *Manolo*: Señores...

El Sr. *Parras*: Esto es una iniquidad, y yo protesto contra la conducta del presidente, contra las palabras del Sr. Manolo y contra todo lo que aqui se diga.

El Sr. *Presidente*: Orden, Sr. Parras.

El Sr. *Parras*: No me da la gana. (Aplausos.)

El Sr. *Presidente*: Orden.

(Aumentan los aplausos de la minoria; la mayoría grita, jura, pateo, y el presidente por si aún hay poco ruido toca desesperadamente el cencerro.)

Entre tanto el Sr. Manolo continúa en medio del redondel impávido, como quien está acostumbrado á las silbas, pero sin poder decir una palabra.)

El Sr. *Cualquiera*: Pido que se lea el artículo 10.847 del reglamento.

El Sr. *Presidente*: No se puede leer.

El Sr. *Cualquiera*: ¿Por qué?

El Sr. *Presidente*: Porque yo soy corto de vista y á los secretarios que hay presentes les estorba lo negro.

ven que se habia quedado en la casa del barrio de San Antonio, abandonó, cuando se encontró sola, el sillón en que se habia recostado. En seguida se aproximó á un espejo de cuerpo entero. Arregló su peinado, y se sonrió al contemplarse. Julia era un tanto coqueta, de lo cual tienen un poco casi todas las mujeres. Para conocer los grados de coqueteria de una mujer, basta con contar los minutos que pasa delante del espejo, no siendo por lo regular las más bonitas las que se miran más tiempo.

Julia se separó al fin del espejo y recorrió la habitacion contemplando llena de admiracion lo que ántes habia mirado con indiferencia. Al cabo de un momento se detuvo la jóven delante de un reloj, en el que se veia un precioso Cupido de alabastro, y cuyas agujas señalaban las once. Julia suspiró, su frente se oscureció, y se arrojó sobre un sillón murmurando:

—¡Ya no viene!...

Mientras que la jóven suspiraba mirando la esfera del reloj, Chaudoreille se hizo conducir al comedor, diciendo que estaba muerto de hambre, y que desde por la mañana no hacia más que correr de una parte á otra en servicio del marques. Marcelo se apresuró á ofrecerle una buena cena, á la cual hizo honor nuestro caballero. Al mismo tiempo que comia, referia Chaudoreille sus aventuras á su amigo, y como Marcelo le escuchaba con la mayor atencion, nuestro gascon, lleno de alegría por haber encontrado una persona que creyera sus proezas, habia matado ya quince rivales y librado de la tiranía á más de veinte víctimas, ántes de llegar al segundo plato.

—Amigo mio, dijo Marcelo, abriendo desmesuradamente los ojos, me parece que tienes la cabeza un poco caliente.

—¿Cómo caliente!... ¡volcánica habrás querido decir!... ¡es una cosa terrible, pero no puedo contenerme!... soy lo que se llama el *refinamiento del honor*, el diablo en persona, en fin.

—Pero ¿por qué pedias socorro contra las estatuas del jardin?

—Al principio, mi querido Marcelo, no sabia que eran estatuas, y un valiente como yo se cree encontrar asesinos y ladrones por todas partes; tú no comprendes esto porque eres de un carácter muy pacifico; ademas, debes comprender que yo no podia matar á nadie en la casa del señor marques de Villebelle sin haberle pedido ántes permiso.

—¡Chis!... ¡aquí no se nombra nunca por su nombre al señor marques!

—¡Ah!... ya comprendo... ¡quiere que reine el misterio en este delicioso retiro!... Pero dime Marcelo, ¿cuánto tiempo hace que estás en esta casa?

—Cinco años sobre poco más ó ménos.

—Muchas cosas debes haber visto.

—No he visto nada, porque aquí es preciso ver oír y callar.

—¡Comprendo!... ¡pero qué diablo! ¿me tomas por un cualquiera? ¡Pero es igual!... ¿sabes que tienes un destino que vale mucho?... ¡el marques debe ser generoso!...

—Sí.

—Lo ménos ganas veinte pistolas todos los años.

—El doble.

—¡Ah, bribon!... pero no te ofendas porque te he llamado bribon... ya sé que eres el hombre más honrado que hay en el mundo... Estoy por decir que el único que he conocido en mi vida... ¡Si vieras, querido Marcelo, qué contento estoy con haberte encontrado!... Por todas partes te he buscado, en las academias, en las tabernas y hasta en las casas de juego...

—¡Oh! ¡hace ya mucho tiempo que no juego!

—¡Bah!... ¿lo dices de veras?

—Sí, desde nuestra aventura lo he aborrecido; ¡es muy desagradable que le prendan á uno siendo inocente!

—¡Oh! querido Marcelo ¡hay tantos bribones que no van, que es preciso que se compense esta falta llevando á los hombres honrados! En cuanto á mí, sigo siendo tan jugador como siempre... ¡esto me divierte!... ademas este es un placer de gran señor, y no hay nada más noble que el jugar y perder hasta la camisa.

—Como yo no soy más que un criado, no tengo precision de seguir esa moda.

—Tienes razon; sin embargo, ¡eres un gran jugador!

—¡Yo! ¡todo lo contrario!... ¡casi no sé jugar!...

—Eso es modestia... ¡ya quisiera yo saber tanto como tú!... ¡si me quisieras dar una leccion?... ya hemos cenado, y mientras viene tu amo podiamos jugar un poco para pasar el tiempo.

—Es imposible, porque no tengo cartas. Cuando por casualidad encuentro las que han servido á mi amo y á sus amigos, las quemó ó las vendo.

—¿Qué diablo! tengo la costumbre de llevar siempre una baraja en el bolsillo, y hoy me la he dejado en casa.

—Toma, Chaudoreille, prueba este licor... esto vale mucho más que el juego.

El Sr. *Cualquiera*: Pues que lea un macero.

El Sr. *Presidente*: No saben.

Una voz: Que traigan un maestro de escuela.

El Sr. *Parras*: Se va á comer al ministro de Hacienda. (Grandes aplausos. Protesta, gritos, confusion.)

El Sr. *Presidente*: Orden. No se puede interrumpir al hablador. Está hablando el Sr. Manolo.

Una voz: Mentira.

El Sr. *Presidente*: ¿Quién ha dicho mentira?

El Sr. *Cualquiera*: El Sr. Manolo no está hablando, y si habla que se calle. También hablamos los demás y somos trescientos. Me parece que el derecho de las mayorías está de nuestra parte. No es justo que uno sólo interrumpa á tantos.

El Sr. *Parras*: Se nos quiere poner una mordaza.

Un ministerial: Eso es lo que debía hacerse.

(Escándalo. La minoría se levanta y arma un alboroto de doscientos diablos. La mayoría, por no ser menos, arma otro de doscientos cincuenta. Los unos gritan: «Hambrientos.» Los otros responden: «Cursis.» Se oyen voces de: «Presidente inepto.» Se cruzan amenazas de banco á banco. Un caballero de la derecha dice á otro de la izquierda: «Echate fuera.» El de la izquierda contesta: «Pues ya se ve que me echaré.» El primero grita: «Vamos.» El segundo dice: «Anda.» Ninguno de los dos se mueve. El presidente continúa tocando á fuego, pero nadie le hace caso. Al cabo de un cuarto de hora empiezan los oradores á caer en sus asientos, rendidos de fatiga. Gracias á esto disminuye un poco el tumulto.

El Sr. *Manolo*: Señores...

(Voces de: ¡Qué calle! — ¡Que hable! — ¡Que hable! — Rumores y campanillazos.)

El Sr. *Presidente*: Estamos dando un buen espectáculo, sólo me consuela la idea de que no dirá *El Universal* que el ganado no ha dado juego. La corrida de hoy hará época. Continúe V. S., Sr. Manolo.

El Sr. *Manolo*: Señores...

El Sr. *Cáustico*: Pido la palabra.

El Sr. *Presidente*: No la concedo.

El Sr. *Cáustico*: Pues la tomo. Lo que hay en España es de los españoles.

(Voces.—«Muy bien.» Otras.—«Muy mal.»)

El Sr. *Manolo*: He concluido. (Se sienta, se enjuga el sudor y recibe las felicitaciones que le dirigen sus amigos por su elocuencia.)

El Sr. *Presidente*: A votar.

Una voz: Pero ¿qué se vota?

El Sr. *Presidente*: Cualquier cosa. Los ministeriales que digan sí, y los otros que digan no.

(El desorden llega á un extremo casi inverosímil. La plaza se convierte en un herradero. Los chulos corren de un lado á otro sin saber que hacer de los capotes, los banderilleros clavan sus pares en el primer amigo que encuentran, los picadores huyen como alma que lleva el diablo, los espadas al verse arrollados toman el olivo. Aquello parece una segunda corrida de beneficencia.)

El Sr. *Presidente*: De la votación resulta que el señor Manolo tenía razón.

El Sr. *Parras*: Pido la palabra.

El Sr. *Presidente*: Tómela V. S. y acabe de reventar.

El Sr. *Parras*: Caballeros; no temais que me exceda, yo sé lo que se debe á reuniones tan cultas como esta, y no diré una sola palabra que no sea digna de cualquier reñidero de gallos. Pero si se me escapa alguna frase de plazuela, os ruego que la tengais por no dicha, y... *tutti contenti*. Ya veis si estoy dispuesto á complaceros, que hasta os hablo en italiano.

El Sr. *Presidente*: Sr. Parras, al orden.

El Sr. *Parras*: Yo no os llamaré mentecatos aunque esté persuadido de que lo seais; yo no diré que habeis vendido vuestra conciencia por un plato de lentejas, porque sé que en Fornos no se hacen potajes, y porque os creo mucho más listos que Esaú en achaque de negocios. Yo no os llamaré aduladores del poder porque conozco que no todas las verdades son para dichas. Pero lo que no podré menos de deciros, por supuesto sin faltar al decoro, es que sois un atajo de camastrones (políticamente hablando), que no teneis moralidad, ni dignidad, ni consecuencia; hablo siempre bajo el punto de vista de la política, porque como particulares sois todos unos caballeros que ni los de la Tabla Redonda, ni los de ninguna tabla conocida pueden igualaros. He dicho.

El Sr. *Cepas*: Así me gustan á mí los hombres. ¿Qué necesidad hay de promover escándalos. El Sr. Parras nos ha insultado de lo lindo; pero nos ha insultado tan cortésmente que no podemos menos de darle las gracias. Si todos nuestros adversarios fueran como S. S., más prestigio tendrían estos cuerpos.

Una cosa es discutir y otra dar voces. ¿Qué ha dicho el Sr. Parras de nosotros? Nada. Como políticos nos ha puesto de ropa de pascua, pero ha respetado la personalidad de cada cual, y esto es todo lo que podemos exigirle. ¿Hemos de pedir que tenga lógica? ¿Hemos de pedir que comprenda las sublimes razones en que se fundan todos nuestros actos? ¿Hemos de pedir que nos haga justicia? Esto sería pedir peras al olmo, ó granadas al alcornoque. Y ruego á S. S., que no eche á mala parte esto del alcornoque, pues lo he dicho para que me entiendan mis amigos. He concluido.

El Sr. *Presidente*: Despues de los luminosos discursos que se acaban de pronunciar creo que todos quedamos enterados y debe darse el punto por suficientemente discutido. Además es la hora de comer, y por consiguiente creo que debemos irnos á otra parte con la música. Desorden del día para mañana: la continuación del de hoy.

Se levantó el escándalo. Eran las siete.

¿Creen nuestros lectores que hemos copiado del natural este cuadro?

No tienen más que fijarse en la fecha y verán que no ha ocurrido en ninguna parte.

UN NUEVO IMPUESTO

Por el correo interior hemos recibido la siguiente carta que nos apresuramos á publicar, en prueba de nuestra imparcialidad.

«Señor director de EL CASCABEL.

Muy señor suyo y de la consideración de los que se la tengan: he leído la carta que en el número del juéves dirige Vd. al ministro de Hacienda, y no he podido contenerme sin escribir esta, de la cual le autorizo para hacer el uso que crea más conveniente.

Ya veo que quiere Vd. que nos pongan contribución hasta por el modo de andar, es decir, por el modo de andar no propone Vd. que nos impongan nada, pero será probablemente porque se le haya olvidado, pues ya veo que está Vd. resuelto á pedir que paguemos por todo. Pero hay una cosa que Vd. no ha querido proponer que se grave con ningún impuesto, y que es la que más debía gravarse.

Me refiero al estado de los hombres.

En el día es más difícil encontrar un marido que sacar el premio grande á la lotería.

Desde que yo cumplí quince años, que dicho sea entre nosotros, hace ya más de treinta, me propuse conseguir las dos cosas.

Juego en todas las extracciones de eso que llaman algunos periódicos la timba nacional, y nunca he logrado ver mi número entre los primeros que publica la lista grande; pero si no he sacado ninguno de los premios mayores, no es tanta mi desgracia que no gane alguna vez uno de los más pequeños, lo que me proporciona el placer de cobrar ocho ó diez duros, cuando ya llevo jugados treinta.

El asunto del marido se presenta todavía peor.

En ese juego no he logrado sacar nunca premio chico ni grande.

Con tal de casarme, daría mi mano al mismo Neptuno que hay en la fuente del Prado, y que no sé cómo no se cansa de estar siempre allí, en aquel carro que no anda nunca, y con el tenedor en la mano, pareciéndose á un progresista en el uso de sus funciones.

Pero nada; ni Neptuno ni ningún otro de los que veo todos los días, se decide á sacarme de penas, y aquí me tiene V. expuesta á morirme soltera, que es cosa que me pone fuera de mí.

Y no vaya V. á creer que tengo la culpa de mi desgracia.

Antes, al contrario, he hecho todo lo posible por vencer á la fortuna; pero siempre he sido vencida por ella.

Desde que me vistieron de largo, cuando aún vivía mi papá, que era intendente de Hacienda, voy todos los días al Prado.

Ni el calor, ni el frío, ni la lluvia, ni la nieve me detienen. ¿Qué más, hombre? Cuando hay revoluciones, en cuanto cesan los tiros, ya me tiene V. saltando barricadas para ir allí, y si V. concurre alguna vez á ese paseo, más fácil es que deje de ver el obelisco del Dos de Mayo ó el museo de pinturas, que á la que le escribe esta carta.

A los teatros asisto poco, porque como no tengo más que mi orfandad, no puedo hacer muchos gastos, pero á

todas las fiestas que no cuestan dinero acudo la primera, y siempre estoy deseando que haya formaciones, ó que entre el rey, ó que se marche, ó que se muera algún personaje, ó que se abran las Cortes, ó que haya besamanos, para presentarme en el sitio de la función con mi vestido nuevo. Más veces he pasado revista á la guarnición de Madrid que todos los generales habidos y por haber.

Si alguna de mis amigas da un te *danzante*, *cantante*, *hablante* ó *fastidiant*e, yo llevo la primera, y cuando pasan procesiones por delante de la casa de las personas que trato, soy la última que se retira del balcón.

Yo no vivo, señor director.

La mitad de mi paga la gasto en vestirme, y eso que no tengo modista y que todos los trajes los uso primero por el derecho y luego por el revés; y si algún día oye usted decir que se ha inventado el poner las telas de canto, puede asegurar que yo soy la inventora. Mis vestidos sufren más reformas que las leyes españolas: al que tenía el cuerpo alto, se lo pongo escotado; al que tenía un volante, se lo quito, y lo adorno con bullones hechos de alguna mantilla vieja; á éste le añado unos lazos, á aquel le quito la sobrefalda; y así, gracias á mil ingeniosas combinaciones, logro que parezca nuevo lo que no lo es.

Y ¿cuál cree V. que es el resultado de tantos afanes? Ninguno.

He tenido varios novios, eso sí. Nunca faltan hombres que tengan gana de pasar el tiempo, y como yo en cuanto alguno me dice *envido*, le respondo *quiero*... ya puede V. figurarse.

Pero lo que es de casamiento estoy ahora como el primer día, es decir estoy algo peor, no por nada sino por los treinta años que han pasado.

En tiempo de mi madre las mujeres eran felices. Como los casados no entraban en quinta, y los soldados pasaban muy mala vida, casi todos los jóvenes por no ir al cuartel se refugiaban en la vicaría.

Ahora ya no hay nada de eso.

Los soldados van bien vestidos, comen perfectamente, nadie les maltrata, y están siempre de paseo, y además, como la cualidad de casado no libra á un hombre de ponerse la mochila, nadie tiene interés en casarse.

El número de los solteros aumenta de un modo prodigioso.

Yo no sé qué hace el gobierno que no manda que todos los hombres se casen inmediatamente.

Porque ¿qué es un soltero?

Un hombre inútil y perjudicial: casi siempre un tunante.

Perseguidor de casadas y doncellas, enemigo de la paz de las familias, murmurador de oficio, concurrente á cafés, clubs y otros lugares de perdición, y generalmente hombre político, es decir, calamidad viviente, según usted dice con mucha razón en su periódico.

¿Por qué cree V. que hay tantos conspiradores que siempre están queriendo derribar al gobierno, y que por un *quitame esas pajas* arman jarana y ponen á la nación en el mayor aprieto?

Porque hay muchos solteros que, como no saben que hacer, se entretienen en eso.

¿Quiere el gobierno dominar instantáneamente á todos esos señores y poner suaves como guantes á los más terribles demagogos?

Que los case.

Ya verá V. como luego no tienen gana de bromas.

El ministro de Hacienda ha inventado esas cédulas de vecindad que nos cuestan un alon, y que el año que viene nos costarán los dos, porque dice que son el *recibo de la vida*. Pues que invente otras cedulitas matrimoniales, que sean el *recibo de la mujer*, y obligue á comprarlas á todos los solteros pagándolas bien caras.

Entonces si que probará que es un gran economista.

Si quiere S. E. que yo le dé redactado el decreto, voy á anticiparme á sus deseos y á ahorrarle trabajo, que no le darán poco los pretendientes y otros caballeros particulares de esos que siempre andan alrededor de los ministros.

Mi proyecto dice así:

Artículo 1.º Todo español de más de veinte años de edad, que no presente su partida de casamiento, pagará una cuota de ciento á mil reales anuales.

Art. 2.º Los que cumplan veinticinco años sin tener ese documento, pagarán doble cuota.

Art. 3.º Al cumplir los treinta años, el que aún continúe soltero, satisfará por extraordinario y por una sola vez, diez mil reales, sin perjuicio de seguir pagando la cuota anual que le corresponda.

Art. 4.º A los cuarenta años adquirirá el hombre que

no se haya casado, el título de *solleron*, cuyo diploma le costará veinte mil reales.

Art. 5.° Todas las cantidades recaudadas por estos conceptos, se dedicarán á dotar doncellas pobres.

Art. 6.° Una comision de solteras elegidas por sufragio universal entre las de cada barrio, se encargará de la ejecucion del presente decreto.

Apresúrese el Sr. Moret á publicar un decreto por el estilo, y cuente con la gratitud de S. S.

Mariquita la Pelona.»

CASCABELES

Muchos periódicos hablan de una subasta de 10.000 pantalones para presidiarios, y hacen varias preguntas acerca de las condiciones de la tal subasta, que no les parece á los colegas muy arreglada á lo justo y conveniente.

Yo lo que creo es que no es ocasion oportuna de hacer 10.000 pantalones cuando, segun todas las señales, nos vamos á quedar todos sin camisa, á juzgar por lo negrito que se va poniendo todo.

Con motivo de la sesion permanente, se sirvieron á los diputados en las Cortes, cubiertos á 10 reales almuerzo y 12 la comida.

Hombre hubo que tomó tres cubiertos para él sólo, convidándole un amigo.

¿Quién será el guapo que se lea la sesion permanente?...

Yo no me quiero poner malo.

Nos han dicho que en la comida que sirvió el fondista del Congreso durante la sesion permanente á los diputados, uno de los platos más abundantes era sesos.

Esto pareció un delicado epigrama.

La *Commune* de París termina su funesto reinado incendiando los mejores edificios y las obras de arte, derribando los monumentos y haciendo perecer á miles de sus compatriotas.

Los franceses honrados deben sentir más esta gran ignominia que la derrota en la guerra con Prusia.

¿Qué vergüenza para el pretencioso siglo de la civilización, y para la que se llamaba capital del mundo civilizado!

¿Me quieren Vds. decir qué es lo que han hecho las Cortes en los dos meses que llevan abiertas?

Nada, hombre, nada.

Pues entonces, francamente, me parece á mi que podia muy bien ahorrarse el gasto de empleados, alumbrado, azucarillos, maceros, caramelos, franquicia de correos, etc. etc., y que se reunieran los politiquillos en el café del Sur, ó en Capellanes, ó en el Campo de Guardias.

El mes que viene va á haber trenes especiales á Lisboa.

Iremos á que nos conviden los portugueses. Voy á empezar á preparar el discurso.

La *Última hora* dice no sé qué tonterías acerca de EL CASCABEL, porque éste pide economías.

Pues mire *La Última hora*, si todos los periodistas hubiesen tenido siempre el buen deseo, la buena fe, el desinterés y la poca ambicion y la templanza de EL CASCABEL, otro gallo nos cantara.

Parece que la corrida de toros del domingo no agradó á los señores.

El gobernador ha multado á la empresa y á los toreros.

Sentimos la multa, y nos alegramos de que la corrida fuera mala.

Esta es la manera de que se acabe esa fiesta.

Para la próxima quinta se piden 35.000 hombres.

Yo no sé cómo pueden seguir en el poder los que promeñeron la abolicion de quintas y luego no han cumplido su promesa.

Toda persona regular está obligada á cumplir lo que

ofrece; con que me parece que un gobierno debe estar más que nadie obligado.

Por la direccion de Instruccion pública se ha dispuesto que se adquieran para repartirlos en las escuelas 100 ejemplares de un tomo de poesias titulado *Ecos del Teide*.

Como estas poesias no tienen condicion alguna que las haga útiles como lectura para los niños, sin que esto sea poner en duda su mérito, no es posible explicar lo dispuesto por la direccion de Instruccion pública, sino por el deseo de favorecer á un escritor progresista.

Nosotros celebramos el beneficio que de esta disposicion resulta al autor, pero no podemos menos de lamentar que hasta en esto domine el espíritu de partido.

En Madrid se publica hace más de un año un periódico titulado *Los Niños*, con artículos útiles é instructivos, que contiene las firmas de todas las eminencias de España, con grabados exclusivamente españoles, y ni una suscripcion ha hecho el ministerio de Fomento, ni la diputacion, ni el ayuntamiento.

Esto es triste. Así en este pais, todo el mundo se echa á político, porque es la manera de obtenerlo todo, y el que no lo es, no recibe jamás estímulo ninguno ni se aprecian sus esfuerzos, ni se repara en su trabajo, como no sea para sacarle la mayor contribucion posible.

No hemos pedido proteccion ninguna para *Los Niños*; pero al ver que se protegen publicaciones que no tienen la importancia de esta, adquiriéndolas para darles una aplicacion absurda, no podemos prescindir de quejarnos. Si el director y editor de *Los Niños* fuera progresista, ó fronterizo, ó demócrata, ya habria logrado una muestra de consideracion por la notoria utilidad de su publicacion; pero como no es hombre político, no hay para qué fomentar una *Revista de educacion y recreo*, cuyo sostenimiento cuesta un capital, y que por sus condiciones literarias y artísticas puede competir con las mejores del mismo género que se publican en el extranjero. ¡Cosas de España!

Con el número de *Los Niños* del día 30 se repartirá, á parte del texto, la gran lámina dibujada por el eminente artista D. Carlos Luis de Ribera, y grabada por el señor Búrgos, que representa el *Descendimiento*. Es una bella y severa composicion digna de la reputacion del gran maestro.

A nuestro amigo el Sr. Búrgos debemos la buena fortuna de que *Los niños* pueda publicar esta lámina notable.

Preparamos otra lámina, copia del precioso cuadro del Sr. Valdivieso, *La primera comunión*, y otra que es copia de una preciosa porcelana de Berlín, que representa un niño besando su imagen en el espejo. Esta es una composicion notabilísima que ha de llamar mucho la atencion.

Y todo esto, sin que la direccion de Instruccion pública se suscriba por 100 ejemplares, ni por uno ni por medio.

Sin duda, como *Los niños* es una publicacion católica, y esta situacion no lo es mucho que digamos, se prefiere que los niños lean *La Constitución democrática*, como obra de doctrina, y *Los Ecos del Teide* como obra recreativa.

Segun dice un periódico, la otra tarde un diputado carlista pegó una bofetada á un portero del Congreso, porque éste queria impedir, en virtud de las órdenes de la presidencia, que entrase un amigo de aquel.

Pues señor, estos señores políticos son atroces. Tienen unos fueros...

Y en esto los de todos los partidos son iguales.

Hay movimiento de tropas; se cambian las guarniciones de todas las provincias, como cuando mandaba Gonzalez Brabo.

Vamos, lo de siempre.

Estamos divertidos.

Las charaditas de los dos números anteriores significan *maquinaria*; la primera y la segunda *cañamones*.

CHARADITA.

La primera con la cuarta tendrán en casa de Fornos, y en tu casa y en la mía y por fin en la de todos; y para que discurriendo no te puedas volver loco, te diré que de ese objeto la cocina es sitio propio;

primera y terciada en tu casa la tendrás, bien lo conozco, y es cosa que de seguro nunca te sirve de estorbo; tiene tercera y segunda todo el que es habilidoso; y á los chicos en la escuela, si arman algun alboroto; primera, segunda y cuarta les dan con mucho decoro; terciada y prima el cerrajero maneja, y tambien hay otros que suelen usarlo, y hasta un embajador donoso lo tiene por apellido y está con él tan orondo; de prima y segunda existe allá en Cuba buen acopio, y el todo es cosa bonita y muy delicado adorno, que entretiene á las muchachas en las horas largas de ocio; viendo *La Moda elegante* la solucion hallas pronto.

ANUNCIOS

LOS NIÑOS

REVISTA DE INSTRUCCION Y RECREO

DIRIGIDA POR

Don Carlos Frontaura

Se han publicado dos tomos, y se está publicando el 3.° En los dos tomos publicados aparecen las firmas de los hombres mas eminentes de España.

Salen tres números al mes, impresos en magnífico papel, con profusion de bellos grabados.

Precios: en Madrid 12 reales trimestre, 22 semestre y 40 año; en provincias 15, 28 y 50 respectivamente.

A todo el que se suscriba, se le regalará el ALMANAQUE DE LOS NIÑOS para 1871.

Administracion en Madrid, plaza de Matute, 2. Las suscripciones de provincia pueden dirigirse con su importe en libranza ó sellos á D. C. Frontaura, Huertas 40, principal.

PORVENIR DE LAS FAMILIAS.

Se compran sus Pólizas, Tutelar, Caja U. de Capitales, Cédulas de La Nacional, Crédito Comercial, y otros valores. Montera, 32, tabaquería de C. Gonzalez, Provincias mandarán sello. —2

PASTA PECTORAL DEL DR. ANDREU, remedio seguro para todos los que padecen de

TOS catarras, ronqueras y demás afecciones de pecho agudas y crónicas, facilitando siempre la expectoracion.

Es el medicamento mas cómodo, agradable y de resultados tan eficaces, que á las primeras pastillas el enfermo siente ya un gran alivio.

Se vende en Barcelona, Farmacia del Dr. Andreu, Bajada de la cárcel, 6.—Madrid, Dr. Simon, Caballero de Gracia.—Sevilla, Botica de Lopez Blesa, Plaza de la Encarnacion.—Valencia, Dr. Aliño, plaza de Calatrava.—Zaragoza, doctor Miret, calle de las Danzas.—Valladolid, Farmacia de Huerta.—Pamplona, doctor Colmenares.—Santiago, M. Blanco Navarrete.—Logroño, D. Zardoya y Mahon, Dr. Treixidor.—Farmacia de Ubon, Ciudad-Real.—Farmacia de Bellido, Alicante.

ADVERTENCIA. Los enfermos de tisis que se hallen ya en el último periodo de su enfermedad, hallarán solo en nuestra pasta pectoral un notable alivio en los accesos violentos de tos, sin detener no obstante el curso de una enfermedad tan terrible, cuya curacion desconoce completamente la ciencia hasta el día. Dr. Andreu. (7)

MÚSICA NUEVA PARA PIANO.

Pues señor, hasta ahora la música para piano costaba dinero. Ahora es de balde, porque de balde es dar por un real cuatro ó ocho piezas de música buena y nueva para piano.

Por ejemplo: cuatro walses, titulados *El Jardinero*, *El Brillante*, *El Risueño* y *El Cascabel*, cues an un real.

Cuatro schotischs: *El Improvisado*, *La oracion*, *¿Quién va allá?* y *Los dos de mayo*, cuestan un real.

Cuatro polkas mazurkas: *La carta*, *Amor de amores*, *La Perta* y *La Bandera de los tres*, cuestan un real.

Ocho habaneras: *No me gusta*, *La sal de las montañas*, *Tu boca*, *La Graciosa*, *El sereno*, *¡Uf qué sofoco!* *La Maravilla* y *Tiene V...*, cues an un real.

Cuatro polkas: *Felisa*, *Chippi*, *A mi morena* y *Los dos*, cuestan un real. Es decir que por cinco reales se dan 21 piezas de música para piano.

Se venden en la Administracion de EL CASCABEL, Plaza de Matute, núm. 2.

AGUA NACARADA.

ORTELLS.

Este agua hermosa, suaviza y devuelve al cutis su primitiva frescura, y hace desaparecer las pecas, granos y manchas sin perjudicar á la salud.

Conociendo el inventor el buen resultado y cualidades higiénicas del agua que ofrece al elegante público, omite todo elogio pomposo.

Precio de los frascos, 8 y 16 rs.

Unico depósito al por mayor y menor, peluquería de Ortell, Montera 21, principal, donde se reparten gratis los prospectos é instruccion para su uso.

Nota. En los pedidos desde una docena en adelante se hará una rebaja del 12 por 100 de descuento.

LIBROS QUE SE HALLAN DE VENTA EN LA ADMINISTRACION DE EL CASCABEL.

Plaza de Matute, núm. 2.

JULIO FAYRE Y EL CONDE DE BISMARCK, por D. E. Castelar; un folleto con un retrato en acero, 10 rs.

A. THIERS Y A. DUMAS, por D. E. Castelar. Un folleto con un retrato en acero, 10 rs.

DE DOCE Á UNA, por D. R. Sepúlveda. Un tomo 8 rs.

ALMANAQUE DE JUAN PALOMO para 1871; un bonito libro impreso en la Habana, 10 rs.

CONSEJOS Á LAS MADRES. Utilísima obra para criar sanos y robustos á los niños. Un tomo de 20 pliegos, 8 rs.

ELEMENTOS DE FORTIFICACION PASAJERA, libro escrito y dedicado á los señores oficiales de las armas generales, por el coronel D. Emilio Bernaldez. Un tomo 10 rs.

LIBRO VERDE, SÁTIRAS DE QUEVEDO. Un tomo 8 rs. en Madrid y 10 en provincias.

TRATADO DEL ESTIERCOL y demás abonos naturales, artificiales y químicos, por D. Diego Navarro y Soler. Un tomo 8 rs.

LAS RIQUEZAS DEL ALMA, novela de Doña Angela Grassi. Dos tomos 10 rs. en Madrid y 12 en provincias.

ROMA Y EL CATHOLICISMO, por D. Carlos María Perier, ex-diputado á Cortes. Un folleto 3 rs.

MADRID.—1871

IMPRENTA DE EL CASCABEL, CALLE DEL CID, 4, (HARRIO DE REGOLAT, 8).